

No había nada en el aspecto de ese pequeño tramo del camino de Alabama que advirtiera a la muchacha del desastre. Conduciendo a unos cuidadosos cuarenta kilómetros por hora, Marcia Trent no tenía la premonición del mal que acechaba en ese monte de pinos justo delante. Era joven, moderna, pelirroja y furiosamente enojada. Sus ojos azules ardían mientras conducía, sola, por las estribaciones de Blue Ridge bajo el primer toque de invierno.

La constatación de que este viaje era tonto y peligrosa, a cuatrocientas millas de Birmingham, cuando todos creían que estaba a salvo en una escuela de niñas en Carolina, le picaba la conciencia de vez en cuando; pero ella la apartó con enojo. El último tren y el último autobús se habían ido cuando, con lágrimas en los ojos, encerrada en su dormitorio, había tomado la decisión de viajar.

Y ahora, con los ojos azules brillantes, estaba a dos tercios del camino a casa para romper el matrimonio de su hermana con un hombre que se le había insinuado.

Marcia apretó los labios y cambió de marcha, arando a través del barro mientras doblaba una curva cerrada. En ese momento, algo así como un avispón enojado atravesó el parabrisas del roadster. Chocó contra el asiento de cuero a escasos dos centímetros de su hombro, y un agujero rayado brilló en el cristal. La chica gritó. Esta vez, claramente, había escuchado un ruido ahogado: el estallido de un rifle. Y ese segundo agujero en su parabrisas no fue accidental.

¡Alguien la estaba disparando desde ese oscuro monte bajo a la izquierda!

Marcia se deslizó hacia abajo en el asiento del automóvil, mirando por encima del tablero y agarrando el volante. El terror era como una mano agarrando su garganta. Pisó el acelerador con fuerza y se deslizó por la curva.

No había ningún camino delante. Había perdido el control y ahora se deslizaba lateralmente sobre un terraplén. Marcia arañó la puerta, trató de saltar, pero un dolor profundo le perforó un tobillo. Entonces, algo duro y sólido golpeó su cabeza, y la oscuridad cayó sobre ella como una cortina de terciopelo negro.

Visiones distorsionadas nadaban ante sus ojos. Una cara sucia, con barba, se inclinó sobre Marcia, y ella jadeó por el hedor del licor de maíz rancio. Más voces llegaron a sus oídos, débiles y desarticuladas: La voz de un hombre, áspera y arrastrada por la bebida:

—¡Pequeño tonto! No toques ese rifle otra vez.

Y la voz de un niño, asustada y desafiante:

—¡No me importa! ¡No me importa! Nunca se llevarán a Lollie a ese lugar. ¡Los mataré! Mataré a todos los que vengan por aquí.

Y la voz del hombre otra vez:

—Será tu culpa si lo hacen... no está muerta... solo una leve conmoción cerebral. ¡Oh, demonios! No podemos hacer nada pero...

La puerta del auto se abrió de golpe. La debilidad y las náuseas la abrumaron cuando una mano sucia se estiró, tiró de ella y la levantó. Marcia entreabrió los ojos, consciente de ser llevada como un bebé en brazos fuertes. Una llovizna fría y húmeda le mojó la cara, y oyó el blando chasquido de unas botas en el barro, mientras se balanceaba en los brazos que la acunaban. Ella trató de gritar, retorcerse, soltarse de aquel agarre. Pero la cortina negra cayó una vez más, y el leve sollozo de una niña la arrastró al olvido.

Cuando volvió a abrir los ojos, Marcia pensó que se estaba volviendo loca.

No había ningún coche destrozado, ni colinas de arcilla roja, ni monte bajo de pinos oscuros que abrazaran una solitaria carretera rural. Yacía, cálida y tranquila, en una enorme cama con dosel, en una habitación de tipo colonial de techo alto que habría deleitado el corazón de un anticuario. Una lámpara de aceite encendida, sostenida cerca de ella, resplandecía sobre su cabeza dolorida. Parpadeó dolorosamente, tratando de ver más allá de su brillo.

Y luego, rápidamente, cerró los ojos, tratando de no ver. Tres rostros se inclinaban sobre ella: un niño pequeño, manchado de lágrimas, sensible y violento; la cara de un hombre, barbuda, marcada por el sufrimiento, con ojos sombríos. Pero la tercera cara, pensó Marcia salvajemente, solo podía ser la de una momia. Esa máscara arrugada con su nariz de gancho, cabello gris tenue y ojos brillantes como botones la miraban fijamente. Una mano en forma de garra le acarició el cabello.

—¡Bonita! ¡Ay, ella es tan bonita! ¿Eh? ¿Eh, Víctor? —una voz débil tembló, burlándose—. ¿Por eso no la dejaste morir en el auto? ¿Eh? ¡Contéstame, Víctor! Porque estás solo y cansado de esconderte aquí. ¿Eh? ¿Y qué pasará cuando termines con ella? No puedes devolverla.

Marcia cerró los ojos con fuerza. Permaneció rígida e inmóvil, rezando para que sus párpados no temblaran.

—No seas tonta, abuela —la voz del hombre arremetió contra la borrachera—. Renny le disparó. La familia Mason —su tono era amargo— le debe algo por eso. Además —añadió cruelmente—, hay agujeros de bala en la tapicería. Si alguien los nota cuando encuentren el vehículo se asegurará de venir a husmear por aquí. ¡Oh, maldita sea, Renny! ¿Por qué hiciste una locura como esa? Te dije que no tocaras ese rifle.

—Pero, Vic, ella estaba disminuyendo la velocidad —la voz del chico gimió—: ¡La enviaron aquí para buscar a Lollie! ¡Sé que lo hicieron! Ella no puede llevársela... ¡La mataré! ¡La mataré! —la voz se elevó a un chillido de histeria.

Y los ojos de Marcia se abrieron aterrorizados cuando dos pequeñas manos fuertes se aferraron a su garganta. Débilmente luchó contra ellas, mirando la cara blanca y retorcida del niño. No podía tener más de once o doce años, pero por segunda vez estaba tratando de matarla.

Sin embargo, el hombre barbudo se movió rápidamente. Agarró al niño por el pelo y lo empujó hacia la puerta con gentil fuerza. Sollozando, gritando, el niño salió corriendo de la habitación. Marcia podía escuchar sus pies descalzos corriendo por un largo tramo de escaleras, seguidas por un distante portazo.

Ahora no había nada más que mirar a las otras dos caras, con el falso coraje que podía reunir.

—¿Dónde... dónde estoy? —Marcia forzó una sonrisa rígida y se sentó. Instantáneamente se echó hacia atrás cuando el dolor le golpeó el tobillo—. Oh.. ¡está roto!

El hombre barbudo la miró sin simpatía en sus ojos sombríos.

—No —dijo bruscamente—. Es solo un esguince. Lo vendé, y también le hice algunos puntos en el cuero cabelludo.

Marcia parpadeó hacia él.

Su cabeza se estaba despejando ahora. El deslucido esplendor de la habitación la sorprendió, por el polvo y las telarañas. La cama en la que yacía estaba hermosamente hecha, y era muy vieja, con perillas de piña en los postes; pero la colcha deshilachada que la cubría era su única ropa de cama. Los muebles de época eran invaluable, pensó, mientras la lluvia caía sin control a través de un cristal roto de la ventana. Una persiana oxidada crujió en el viento. El viejo lugar era como un rey mendigo, arrogante aún con harapos de seda y una corona empañada.

El hombre que estaba de pie, mirándola, pensó Marcia, era una contradicción aún mayor. Sucio, medio borracho, barbudo y descuidado, aún tenía la voz y la actitud de

un caballero. Y sus manos, ahora limpias, eran elegantes y rápidas, manos que, le había informado, le habían vendado el esguince y hábilmente le habían hecho algunos puntos en el cuero cabelludo.

—¿Eres... un médico, entonces? —Marcia vaciló.

El hombre soltó una breve carcajada. A su lado, la vieja bruja emitió un chillido de alegría y lo miró con los ojos entrecerrados, como un pájaro malvado.

—¡Doctor! ¡Je, je! ¡Eres doctor, dice ella, Víctor! —Un ojo de botón le guiñó a Marcia, y un pulgar flaco señaló al hombre—. ¿Él, un médico? ¡Ya no, querida! No está en condiciones de atender a un caballo enfermo: él con su bebida y escondiéndose aquí en las colinas como un asesino.

—Cállate, abuela —espetó el hombre con voz cansada.

Algo parecido a una sombra se había deslizado en sus ojos hundidos ante las palabras de la anciana. Él la miró brevemente, retorciendo las manos que habían comenzado a temblar. Luego miró a Marcia con los ojos fríos y hostiles.

—Escúchame —dijo rápidamente—. Esas balas disparadas contra tu auto fueron accidentales, pero no espero que creas eso. Un... un niño enfermo. Mi hermano pequeño, Renfield. Él... no es responsable. Sin embargo, los hechos son estos: podría haberte dejado allí con una leve conmoción cerebral y un esguince de tobillo. Estabas fuera del desvío de la autopista, ya sabes. Los autos toman nuestro camino una vez por semana; así que habrás tenido un largo rastreo hasta la próxima granja. Tal como están las cosas, te traje aquí y te di atención médica, gratis.

Hizo una pausa, frunciendo el ceño hacia Marcia, ante sus asustados ojos azules que se volvieron hacia él. Un ligero temblor en su labio inferior debe haber llamado su atención, porque la voz áspera se suavizó.

—Lo siento. Estás asustada, por supuesto. No lo estés; estás bastante segura aquí. Puedo poner tu auto en orden y puedes irte temprano mañana por la mañana —su boca se torció de nuevo—. Esa es toda la hospitalidad que podemos ofrecer. Solo te pido que te vayas sin hacer preguntas sobre... cualquier cosa que puedas llegar a ver o escuchar en esta casa. Olvídanos como si nunca hubiéramos existido. ¿No es eso lo suficientemente justo?

—Sí. ¡Oh, sí! Cualquier cosa que digas —Marcia asintió aterrorizada.

Por supuesto, el hombre simplemente estaba tratando de engañarla, para calmar sus temores hasta que... Se mordió el labio, decidida a no llorar con esas dos caras hostiles que la miraban.

—Gracias por... ayudarme —dijo ella alegremente—. Estoy segura de que el disparo fue... accidental. Y has sido amable conmigo. Desde ya que no diré nada. Todo lo que quiero es llegar a Birmingham antes de que se preocupen en casa y en la universidad.

El hombre llamado Víctor, que se alzaba sobre ella, lanzó un gruñido de desdén.

—Chica universitaria, ¿eh? —resopló—. ¿Qué estás haciendo, manejando sola por el país?

Marcia apretó los dientes con esfuerzo.

—No soy una chica universitaria —dijo con dignidad—. Tengo veintiséis años, y soy profesora asistente de psicología anormal. Estoy estudiando para ser psiquiatra.

El hombre se rio en voz alta y se frotó la barbilla barbuda.

—Bueno, ¡estaré condenado! —dijo sin rodeos—. ¿Una pelusa tonta como tú? ¡Ahora lo he visto todo!

Los ojos oscuros se entrecerraron mientras hablaba. Echaron un vistazo a la vieja bruja, sonriendo a su lado, y luego volvieron sobre Marcia.

—Está bien —espetó—. Así que eres un profesora y estudiante de psiquiatría. Bueno, déjame advertirte: ¡no vayas a practicar tu maldita podredumbre científica por aquí! ¡Ciencia!

Una vez más, esa sombra apareció en sus ojos embrujados y profundos, y su boca se torció.

—¡Lógica! Está bien, es perfecto hasta que nos topamos con una pared en blanco. Entonces todo lo que podemos hacer es fingir que no está allí. ¡Fantasía! ¡Superstición! La ciencia se ha escondido detrás de esas palabras con demasiada frecuencia, cuando algo que no se puede explicar.

Se interrumpió brevemente, consciente de la intensa mirada de la chica. Una vez más sus ojos se pusieron fríos, amenazantes, y un largo dedo índice la señaló.

—Solo ocúpate de tus propios asuntos mientras estés aquí —advirtió—, y no te pasará nada. Quédate en esta habitación; no merodees, aunque no es que puedas hacer mucho con ese tobillo. Y si escuchas o ves cosas que no tienen sentido, olvídalas. ¿Está claro?

Con un suspiro, Marcia asintió rápidamente. El hombre gruñó, luego se dirigió hacia la

puerta. En el umbral se detuvo para fruncir el ceño a la anciana.

—Abuela —dijo con dureza—, no quiero escuchar ninguno de tus comentarios ociosos, ¿oyes? O te romperé ese cuello flaco.

La anciana momia agitó una mano hacia él, riéndose nasalmente y guiñando un ojo de pájaro a Marcia.

—¡Vete, Víctor! ¡Fuera! ¡Ve por otra jarra de maíz y vuelve a casa borracho como de costumbre! ¡Je, je! No le diría a un extraño el secreto de la familia Mason, ¿verdad?

El hombre maldijo audiblemente y salió, cerrando la puerta con fuerza.

Marcia se relajó con un suspiro de alivio. Tal vez podría sobornar a esta anciana senil para que la deje ir. Sus ojos se desviaron hacia una ventana, su panel roto lleno de periódicos amarillentos. Casi anocheecía. El cielo era una mancha sucia de nubes, como si una bruja lo hubiera barrido con su escoba. La lluvia se inclinaba contra los cristales con un leve silbido de aguanieve. El viento había aumentado, gimiendo debajo de los aleros como un mendigo leproso. Marcia imaginó que no llegaría muy lejos una noche como esa.

Pero aquí, en esta vieja casa misteriosa, con un barbudo borracho, una momia sonriente y un niño asesino, seguramente no debía esperar a que caiga la noche. Reuniendo coraje, le dirigió una sonrisa brillante a la vieja bruja.

—Mire —su voz era confidencial y persuasiva—, hay cincuenta dólares en mi bolso, en la guantera de mi auto destrozado. Si me ayuda a escapar antes de que él... regrese, son suyos.

—¿Dinero? ¡Je, je! ¿Dinero, dices? —la vieja se rio con alegría malvada—. Ya tengo tu dinero. Renny me lo trajo mientras Víctor estaba preocupado por tu dolor. Un buen chico, ese Renny —entonces los ojos pequeños y brillantes se estrecharon—. ¡Si le dices a Víctor, te dejaré sola con el muchacho! Esta vez lo hará, seguro, rápido y fuerte. Sí, ese Renny es un desquiciado, sobre todo si alguien le da un cuchillo, digamos.

La vieja se frotó las manos huesudas. Pero Marcia se sentó en la cama, extrañamente estabilizada en lugar de asustada por el fuerte tono de amenaza.

—No creo que quiera lastimarme —dijo con calma—, excepto para defender a esta... ¿Lollie? ¿Quién es? ¿Su hermana? Alguien ha amenazado con venir y llevársela, ¿es eso? Su hermano me disparó, pensando que yo era... ¿de la policía? No, apenas. ¿O del hospital del condado, tal vez? ¿Es Lollie tuberculosa o algo así?

La vieja bruja estalló en otro chillido. Durante un minuto completo se sacudió con la risa nasal, agitando los delgados brazos. Luego, sin decir una palabra, salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta hacia un amplio pasillo polvoriento.

Marcia se maravilló de nuevo por el esplendor no conservado de la antigua casa, una vez indudablemente el orgullo de una vieja familia sureña. Sabía que lugares como este no eran infrecuentes en el sur profundo. Empobrecidos durante los días de la Reconstrucción, muchas familias de aristócratas decadentes aún vivían en casas antiguas como esta. Obstinadamente, se aferraban al mobiliario y las tradiciones de una época pasada, aunque la pobreza había ejercido su voluntad sobre la gente misma. La esperanza y la ambición se habían secado en la primavera. Solo una firme voluntad los mantenía vivos, amargados, cansados e indiferentes, en una vieja mansión en descomposición que una vez había sonado con música y risas y las voces de los esclavos negros.

Pero... Marcia sacudió la cabeza. Estas personas, reflexionó, no eran de ese tipo. Había fuego y lucha en los ojos de ese chico Renny, y un desafío salvaje detrás de la mirada de Víctor Mason. La pobreza y la falta de ambición, sintió, no fueron la causa de su desintegración. Con cautela, su mano fue a su cuero cabelludo vendado y sintió el tobillo atado. Unas manos expertas habían hecho ese trabajo, no las de un ocioso borracho. Algo más había debilitado las espigas de esta familia. Alguna sombra sin nombre, terrible, se cernía sobre esta vieja casa en la que el destino la había dejado en una tarde lluviosa.

—El secreto de la familia Mason —pensó—. ¿Qué secreto?

Marcia supo de inmediato que Víctor Mason, exmédico, tenía miedo de algo, al igual que su nervioso y violento hermanito, Renny. Miedo como un hongo obscuro brotado de las paredes de esta vieja casa. Marcia se estremeció, encorvada en la enorme cama, y su imaginación tanteó la respuesta en oscuridad...

Un leve sonido la hizo mirar hacia arriba, con el corazón palpitante.

La puerta entreabierta se abría lentamente. Marcia dejó de respirar. Y entonces su aliento salió en un silbido de alivio.

Una joven de unos dieciséis años estaba de pie en la puerta. Descalza, sucia, su frágil cuerpo cubierto solo con un vestido sin mangas, de algodón barato. Todavía había una exquisita calidad de hada en ella que hizo que el corazón de Marcia se revolviera. El cabello rubio sin peinar caía hasta los hombros, enmarcando una cara delgada y sensible, con los ojos soñadores sobresaltados de un cervatillo. Tensa, como una cosa salvaje lista para el vuelo, la niña dio un paso en la habitación, y otro, y otro hasta que se paró a unos metros de la cama. Miró fijamente a Marcia, con los labios entreabiertos y las manos unidas en su pecho.

—¡Oh, eres bonita! —Su voz era un tímido susurro—: Realmente no viniste a llevarme lejos.

Marcia la miró fijamente, atrapada por la delicada belleza de la niña.

—No, cariño —murmuró suavemente—. Por supuesto que no. Eres Lollie, ¿verdad? ¿La hermana de Renny y Víctor? Acércate; no te lastimaré. ¿Por qué alguien querría lastimarte?

Los ojos de la chica miraron hacia la puerta con cautela y volvieron a Marcia, redondos y confiados. Parecía interesada en el broche que Marcia llevaba alrededor del cuello.

—¿Qué es eso? —preguntó con asombro—. ¡Joyas preciosas! ¿Eres una princesa, como en el libro ilustrado? —Los ojos suaves miraron a Marcia con admiración—. ¡Eres una princesa disfrazada! ¡Puedo decirlo! Renny dijo que eras una mujer mala. Pero se equivoca. Eres como la princesa de la historia: hermosa y amable, decía. Puedo verlo por tus ojos y la forma en que hablas... ¡Oh, qué bonitas joyas! —aplaudió—: ¡Rojo, azul, verde y amarillo, como un arcoíris!

Marcia se mordió el labio, parpadeando con lágrimas de pena por esta encantadora joven con la mente de un niño. Por impulso, sus manos fueron rápidamente al broche en su cuello, y lo desabrochó. Simplemente lo puso al borde de la colchón desnudo.

—Ahí lo tienes, querida —susurró—. ¿Te gusta? Puedes tenerlo. Pero no se lo digas a nadie. Es nuestro secreto.

Los ojos de la chica se abrieron de alegría.

—¡Oh! ¿Para mí? ¡Ahora estoy segura de que eres una princesa! Solo una princesa realmente lo haría. ¿Es mío?

Una mano delicada salió hacia el adorno; casi lo tocó. Y luego sucedió algo increíble.

Como una criatura viva, el broche saltó repentinamente al aire unos tres pies por encima de la cama. Permaneció allí por un momento, luego cruzó la habitación para estrellarse contra la pared del fondo. La niña Lollie emitió un agudo gemido de dolor. Echó hacia atrás su brazo, y luego se encogió, agarrando su muñeca derecha. Marcia la miró, aturdida.

Ella misma no se había movido. No había otra criatura viviente en la habitación oscura. Y las uñas de la mano izquierda de la niña estaban rotas o mordidas al máximo. Pero, sin embargo, cuatro rasguños profundos se estaban enrojeciendo

lentamente en el antebrazo de Lollie. Mientras Marcia miraba, la sangre manaba de ellos. Corrió por la muñeca delgada y goteó sobre la alfombra polvorienta.

Lollie sofocó un sollozo. Le dirigió una mirada lastimera a Marcia. Sus labios se movieron como si intentara hablar, explicar, pero no emitieron ningún sonido. Otro sollozo sacudió su frágil cuerpo. Luego, con una mirada ansiosa al broche, que brillaba donde había caído en el rincón distante, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Marcia se acurrucó en la gran cama, con los ojos muy abiertos y quieta. Su aturdida mirada estaba fija en la puerta vacía a través de la cual la niña había desaparecido. Vislumbró apenas una mata de cabello gris desordenado. El vieja la estaba mirando; y ahora, descubierta, salió de su escondite, rompiendo en otra de sus peroratas seniles y agitando las manos huesudas contra sus muslos.

—¡Je, je, je! ¿Asustada, no es así? ¡Todos son iguales! Todos se asustan, los que la han visto.

La vieja se abalanzó sobre el broche y lo sostuvo para captar la luz que se desvanecía. Parecía grotesco en esa arrugada mano de momia.

—¡Dios mío, no es tan elegante! ¡Demasiado elegante para un niño, y un loco, por cierto! —ella rio, metiendo el broche en el bolsillo de su chal gris—. ¡Y tampoco le dirás a Víctor sobre esto! ¿Escuchaste? Si lo haces, él golpeará a Lollie por venir aquí para verte. No querrás causarle daño, ¿verdad, querida? Además, si Vic se entera, puede que no te deje salir de aquí...

Marcia tragó saliva y sacudió la cabeza como aturdida por un golpe. Los extraños acontecimientos de los últimos minutos la habían desconcertado. Pero rápidamente su lógica y su sentido común fueron al rescate, empujando en todas las direcciones por una chispa de cordura en esta casa loca.

Miró hacia abajo al anillo en su dedo, y su labio tembló incontrolablemente. Jim, su Jim y Alice marchaban por el pasillo de la iglesia sobre las cepas de Lohengrin. Y de vuelta en la universidad, nadie la extrañaría hasta las clases del lunes. Aquí, en esta vieja casa en las montañas, podía ser tragada, y nadie sabría nunca qué había sido de ella y su pequeño y maltratado roadster. Quizás, antes de la visita de Lollie había tenido la oportunidad de escapar con vida. Pero ahora, aparentemente, había visto demasiado. Cuando Víctor Mason llegue a casa, alguien le diría; él lo sabría.

Miserablemente buscó un posible medio de escape. ¿Por qué querrían mantenerla aquí? Para asegurar su silencio, por supuesto, silencio sobre algún secreto que guardaba esta vieja casa. Esos rasguños en el brazo de la niña, el miedo en sus ojos y el movimiento inesperado del broche: todo estaba conectado, estaba segura, a un

extraño misterio que olía a lo sobrenatural.

Algo aquí, algo no más tangible que una sombra, había transformado a un joven médico en un ermitaño borracho, un niño sano e inteligente en un asesino nervioso, y a esta hermosa casa antigua en una choza embrujada. Esa atractiva niña, Lollie... Marcia estaba segura de que el misterio se centraba en ella. Y mientras siguiera siendo un misterio, nunca saldría viva de esta vieja casa.

Se sentó en la cama, con los ojos azules parpadeando con repentino propósito.

Delante de ella había un acertijo que, resuelto, podría significar su libertad. Y ninguna mujer joven que se atreviera a estudiar la ciencia de la psiquiatría podría verse de nuevo a la cara si estaba demasiado aterrorizada incluso para intentar su solución.

Marcia miró a la abuela. La vieja bruja la estaba observando con avidez su anillo de diamantes.

—¡También quiero eso! —graznó, apuntando con un dedo huesudo al anillo—. Dámelo, rápido, o no saldrás viva de esta casa. ¡Voy a llamar a Renny! Le daré un cuchillo.

Marcia se tensó. Todos sus sentidos estaban alerta ahora, luchando con su problema. También había un ardiente deseo de ayudar a esa niña, Lollie, y una punzada de curiosidad, que agudizaban su ingenio. Obedientemente, tiró del anillo para apaciguar a esta absurda anciana.

—No puedo sacarlo —mintió—. Tendrás que traerme jabón y agua. Cuéntame sobre Lollie, ¿abuela? ¿Así es como te llaman tus nietos?

La vieja bruja escupió con sorprendente velocidad.

—¿Víctor y ellos? ¡Ja! . Son una manada de tontos, muchos de ellos... y no son parientes míos, excepto por matrimonio. Fue Aubrey Mason con el que me casé, su tío abuelo y el tonto más grande del mundo. Una mujer inteligente podría envolverlo alrededor de su dedo. ¡Y lo hice! ¡Lo hice! Sus hermosas mujeres gritaron y echaron humo, pero él se casó conmigo, ¡justo en la calle, en Mobile! No era lo suficientemente buena para ellos, no lo era. Y ahora —bramó, con estridente alegría—, ¡ahora no son lo suficientemente buenos para mí! Se han podrido en la raíz, estos Mason altos y poderosos. . . ¡y es el miedo lo que los pudre! ¡Miedo!

Se detuvo en seco y miró a Marcia con recelo, como si temiera haber dicho demasiado. Retrajo os labios arrugados, retorcidos, sobre las encías sin dientes.

—¡No es asunto tuyo! —gruñó—. ¿Por qué me preguntas? ¡Quítate ese anillo! Dámelo rápido antes de...

Se interrumpió de nuevo, ladeando la cabeza en una actitud de escucha. Luego, murmurando, salió de la habitación.

Un momento después, un hombre alto y saturnino, bien afeitado y vestido con un traje oscuro y barato, entró en la sala. Ante la expresión de Marcia, sonrió con ironía y se frotó la barbilla.

—Sí, señorita... Trent, según dice su licencia de conducir —dijo Víctor Mason arrastrando las palabras—. ¿Crees que me veo casi humano sin la barba, no? Gracias. Primera vez que me visto y me afeito en seis meses. ¡Deberías sentirte halagada!

Marcia captó un brillo de humor sardónico en los ojos oscuros y sonrió. Fue una brillante sonrisa íntima. Muchos hombres jóvenes le habían asegurado que era irresistible. Pero Víctor Mason resopló.

—Intentando artimañas femeninas conmigo, ¿verdad? —se rio brevemente—. ¿Esperas engatusarme para que no te mantenga aquí? ¡Por favor no te molestes! —espetó fríamente—. No tengo intención de retenerla, señorita Trent, por más tiempo del necesario. Su auto no sufrió muchos daños. Solo un reventón, un eje doblado y un guardabarros abollado. Tengo a un hombre trabajando en eso ahora... uno que pase por alto los agujeros de bala.

—¡Oh! ¡Gracias! Yo... —comenzó Marcia en una oleada de alivio.

—Sin embargo —continuó Mason con frialdad—, estoy preocupado. Es Renny. Parece decidido a terminar lo que comenzó apenas tenga la oportunidad. Se está escondiendo en algún lugar de la casa. Hasta que lo encuentre y lo encierre en la leñera, supongo que tendré que actuar como su guardaespaldas. ¡Maldita molestia!

Marcia se encogió de hombros, ocultando su mirada preocupada, y continuó sonriendo. Se acarició el pelo. Al parecer, Víctor no sabía nada sobre la visita de Lollie.

—Ya sabes —dijo fríamente—, creo que eres el hombre más grosero que he conocido, doctor Mason. Al principio te tenía miedo. Pero ahora, desde que descubrí que también tienes un miedo terrible... de algo... ya no tengo miedo. ¿Tu hermanito? Un neurótico. Por eso intentó dispararme y...

Ella se detuvo con un grito de consternación. Los ojos de Víctor Mason, que se habían alejado de su rostro, de repente se clavaron en la alfombra polvorienta. Dos brillantes gotas de sangre brillaban allí. La cabeza del hombre se alzó bruscamente, entrecerró los ojos y fulminó a Marcia con la mirada.

—¡Lollie! —estalló—. Ella ha estado aquí, ¿verdad? ¡Pequeña idiota, se lo advertí!

—¿La golpearás? —dijo Marcia, indignada—. ¿Castigarías a esa pobre niña enferma?

El hombre frunció el ceño.

—¿Golpear a Lollie? ¿Quién te dio esa idea? Rompería a cualquiera por la mitad si tratara de ponerle una mano encima. No dudaría en hacerlo. Te mataría a sangre fría, señorita Trent, si pensara que la haría infeliz, intencionalmente o no —se encogió de hombros y se rio cansinamente—. ¿Ya ves? Amo a mi hermana tanto como a Renny. He dedicado mi vida a ayudarla, pero he fallado miserablemente. No hay nada que un hombre, un científico torpe, pueda hacer contra...

Se interrumpió, esa sombra de horror oscureció sus ojos hundidos. Su boca se torció, y las elegantes manos del cirujano se torcieron juntas en angustia. De repente se volvió hacia Marcia.

—¿Qué viste? —dijo con voz áspera—. ¿Cuánto sabes? ¡Oh diablos! Sabía que esto ocurriría si te traía aquí. Ahora nunca se te permitirá salir. Eso es todo. Tu promesa de silencio no es suficiente. La romperías, y no puedo arriesgarme.

Marcia asintió gentilmente.

—Entiendo —dijo—. Si su caso fuera reportado a las autoridades, la niña estaría comprometida con una institución para locos. He leído sobre tales casos —susurró—. Posesión demoníaca, ¿no es así? Cuando ella... cuando las convulsiones recurren, ella se ve afectada con... Doctor Mason, he oído hablar de estigmas, pero nunca pensé que vería un caso tan notable. Ocurre con mayor frecuencia en fanáticos religiosos, según he leído. Hubo un caso en Bavaria solo la semana pasada. La mujer, molesta por las noticias de guerra, estalló con heridas similares a las de Cristo en la Cruz. Los registros médicos cuentan docenas de otros casos.

»También hubo una niña rumana que apareció con mordiscos y rasguños como los infligidos por un gato grande. Dermografismo, ese es el término médico. Y cuando se acompaña de hiperemia, las heridas estigmáticas realmente sangran. Histeria extrema hace que la piel reaccione a golpes imaginarios, y los cortes y heridas aparecerán como si la víctima hubiera sido golpeada.

»Tu hermana, Lollie... vi su brazo estallar con tales heridas que sangraron. El ataque fue acompañado también por afonía temporal y pérdida de expresión histérica. ¡Oh, pobrecita! ¡Ojalá pudiéramos hacer algo para ayudarla!

Víctor Mason resopló.

—¡Tonterías! —rio ásperamente—. ¡Eso es lo que hemos estado escuchando toda

nuestra vida! ¡Estigmas! Histeria nerviosa. Escuche, señorita Trent: no son solo esas ronchas en la carne de Lollie las que me hacen creer lo increíble. Hay otros fenómenos. Los objetos inanimados se mueven y vuelan por el aire en una habitación donde está Lollie.

Marcia se puso rígida. Recordaba el episodio del broche volador. El hecho podría explicarse como causa de un resorte que se acomodó en el colchón. Era lógico. Podría haber catapultado fácilmente el adorno al otro lado de la habitación. Solo su fantasía perturbada había hecho que pareciera moverse tan lentamente, quedarse allí en el aire por un momento. Porque la cosa no podría haber volado sola por la habitación, ni ninguna mano fantasmal podría haberla arrojado. La idea era ridícula.

Pero una mirada a los ojos atormentados de Víctor Mason le hizo sentir un escalofrío por la espalda.

—Lo he intentado tanto y durante tanto tiempo —dijo con cansancio—. Dejé mi pasantía en un hospital de Nueva York y volví a casa cuando Lollie tenía nueve años. Durante siete años trabajé en ella, aquí, estudié, probé todo bajo el sol. Incluso contraté a un investigador paranormal para intentar exorcizarla, pero no sirvió de nada.

—¿Por qué no la envías a un buen sanatorio privado? —exigió Marcia.

Víctor Mason se levantó y la fulminó con la mirada.

—¡Ahí está! —gruñó—. ¡Sabía que dirías eso! Todos lo hacen. ¡Envíala lejos, enciérrala en una celda acolchada para que la observe un grupo de neurólogos chiflados! Señorita Trent, mi tía abuela Anne murió en un manicomio. Tía Silvia se suicidó en lugar de ser enviada de vuelta a uno. La pobre y pequeña Lollie vive aterrorizada porque será arrastrada lejos de nosotros y encerrada como un animal... ¡por nada! Sus malditos científicos no pueden hacer nada por ella. ¡Nunca hicieron nada por Anne o Silvia! Porque, como ves, no es una alucinación nerviosa. La cosa es real.

Marcia sacudió la cabeza, exasperada.

—¿De verdad crees eso?

Mason asintió con la cabeza.

—Sí. En la adolescencia, este... demonio se adhirió a Anne, luego a Silvia cuando Anne murió. Llegó Lollie antes porque siempre fue una niña nerviosa. ¡Es como un parásito invisible! Vivirá, unido a ella, hasta que muera, tal como vivía pegado a Anne y Silvia Mason.

»Ese caso en Rumania que usted mencionó: una joven, poseída o perseguida por una especie de espíritu familiar. Lo llamaron poltergeist, un espíritu mezquino y travieso, no realmente peligroso, solo molesto y nervioso —entonó—, es con lo que los Mason hemos estado viviendo durante tres generaciones. Hemos tenido la opción de creer que estábamos embrujados o locos, y todos los que conocíamos nos decían que la Cosa simplemente no existía. Eso nos ha hecho bastante antisociales —dijo Mason con amargura—. Gradualmente nos fuimos recluyendo, hasta convertirnos en esto.

Su boca se torció.

—Bueno, ya ve, señorita Trent. Basura blanca y pobre; eso es en lo que nos hemos convertido. No tenemos amigos, y francamente, nuestro único ingreso es del maíz de contrabando que entrego y vendo. Nos hemos alejado del mundo, con un solo pensamiento: hacer que la vida de Lollie sea lo más soportable posible dadas las circunstancias. Así que ahora sabes por qué no puedo arriesgarme a que te vayas de aquí y hables. Nos invadirían mañana si el caso de Lollie se hiciera público. Entonces, algún entrometido oficioso, insistiría en que la enviaran al asilo estatal, y se suicidaría o moriría de puro terror.

La mirada salvaje de Víctor se desvaneció. Curiosamente miró a Marcia, indeciso por un momento. Luego, como impulsado por una oleada de desesperación, dio un paso y se sentó al borde de la gran cama.

—Te he juzgado mal —espetó—. Eres amable... y también pareces ser una mujer sensata, señorita Trent. Yo... yo he estudiado psiquiatría. Dígame, francamente, ¿Lollie le parece un caso mental?

Marcia lo miró pensativamente y sacudió la cabeza.

—No, doctor Mason. Parece una niña bastante brillante, aunque poco desarrollada. Demasiado protegida, naturalmente. Debe estar extremadamente nerviosa para ser afectada por los estigmas. Pero no diría que está loca. Simplemente asustada, como el resto de ustedes. ¿De qué tienen miedo aquí en esta casa?

Los ojos del hombre se oscurecieron.

—Tenemos miedo de... Eso —dijo—. La Cosa que la rasca. Oh, sí, señorita Trent, hable sobre estigmas todo lo que quiera. Lo he estudiado. Puedo citar historias de casos de los que nunca ha oído hablar. Al menos dos más, de todos modos: mi tía Silvia y mi tía abuela Anne. Usted ve, nosotros, los Mason, hemos vivido con esta Cosa durante tres generaciones. Se ha transmitido, siempre afectando a la hija más joven y más alta. Eso es lo horrible. No es nada nuevo. Lleva tanto tiempo con nosotros y, sin embargo, nunca hemos podido hacer nada.

Su voz se apagó. Marcia abrió la boca y la cerró con un chasquido.

—Doctor Mason —explotó—, ¿no está insinuando que realmente hay algo que... araña a Lollie? De toda la tonta podredumbre supersticiosa que hay en el mundo, ¿por qué, un médico inteligente como usted, es capaz de creer semejante barbaridad?

El exmédico pasó una mano sobre sus ojos inyectados en sangre. Marcia, con el corazón hundido, lo miró fijamente. Pero la cara del hombre estaba fría, decidida.

—No sé qué hacer. El asesinato —dijo arrastrando las palabras—, no me atrae. Pero si intenta salir de aquí ahora, me temo que es mi única alternativa, señorita Trent.

Marcia se estremeció, luego se estabilizó con esfuerzo.

—Puedo mantener la boca cerrada —dijo—. Pero veo que no lo crees. Muy bien, doctor Mason: mi única oportunidad es hacerlo resolver este asunto. No creo en los duendes. No puedo creer que una pobre niña sea perseguida por un ser invisible que la araña y arroja cosas. Hay una explicación científica para los estigmas; admites eso. Bueno, entonces, debe haber una razón para que esos objetos naveguen por el aire.

»Suenan como algo sobrenatural, lo sé. Pero también lo sería la televisión para la gente de la época de Shakespeare. Si un saltador de paracaídas hubiera caído de un avión en una aldea del siglo XII, se lo habría quemado en la hoguera. Pero la brujería de hoy es la ciencia del mañana, doctor Mason. Mire, ¿me dejará estar cerca de esa pobre niña, Lollie, esta noche? Tengo razones para creer que le gusto y que confía en mí, y tal vez pueda ayudarla. No lo hago solo para salir de este atasco, sino porque lo siento desesperadamente por Lollie, por todos ustedes, y quiero ayudarlos, ¡créanlo o no!

Los ojos llenos de sombras de Víctor Mason se clavaron en su rostro, preocupados e inseguros. Una media sonrisa torció su boca amarga. Mason extendió la mano.

—Eres todo un caso —suspiró—. Por supuesto, no hay nada que puedas hacer. Ojalá me atreviera a confiar en tu silencio. Pero Renny y yo vivimos para Lollie, entiendes. No podemos permitir que ninguna otra emoción entre en conflicto con nuestros esfuerzos para ayudarla.

Marcia asintió con la cabeza.

—Entiendo. ¿Pero me la enviarás aquí para que pueda ayudarla? No hay ningún riesgo en eso.

El exmédico frunció el ceño pensativamente y luego, por un repentino impulso, echó la colcha hacia atrás y bajó los pies de Marcia al suelo.

—Haré algo mejor que eso —se encogió de hombros—. Ya que vas a estar aquí de ahora en adelante, también necesitas recibir una dosis rápida de lo que estamos enfrentando. La cena estaba casi lista cuando llegué. Planeaba enviarte una bandeja, pero, bueno, con Renny suelto, será mejor que comas con nosotros. ¿Crees que puedes cojear hasta abajo?

Apoyándose en el brazo ofrecido por el hombre, Marcia se puso de pie dolorosamente.

—Creo que puedo hacerlo —hizo una mueca—. Pero, tal vez tu abuela, o tía abuela, creo que dijo, tal vez no le guste que participe de la cena familiar. Creo que no le agrado.

—¿Quién, la abuela? —Mason se echó a reír y se encogió de hombros—. Oh, a la vieja no le gusta nadie. Ella es la oveja negra de la familia. Se casó con un ancestro de voluntad débil, después de un pasado bastante espeluznante, y la familia nunca la recibió. Sin embargo, ella ha vivido aquí, odiándonos, porque el hecho de casarse con el tío abuelo Aubrey no la convirtió automáticamente en una dama. Pero, ha presenciado nuestro deterioro, y le gusta refregarlo. Supongo que la vieja es la única de nosotras que no ha dejado que este asunto la deprima.

—Ya veo —murmuró Marcia—. Es todo un personaje.

Levantó la vista hacia el cansado perfil sardónico a su lado. Apoyándose en el brazo de Mason, se las arregló para bajar cojeando por una escalera larga y curva, llena de polvo y telarañas. Bajaron por un pasillo largo y cruzaron un porche podrido y filtrado hasta la cocina aislada en la parte trasera.

—Vivimos en la cocina y mantenemos el resto de la casa cerrada —explicó su anfitrión mientras abría la puerta.

Marcia entró cojeando. La cocina era enorme, abarrotada pero bastante limpia. En el lado opuesto a una gran estufa de leña se colocó una mesa sin pintar, para cinco. Entonces, pensó Marcia, la anciana la había esperado después de todo. Pero, cuando entraron, la vieja se apartó de la estufa y la miró sorprendida. Ella se burló de Mason.

—¡Bueno, Víctor! ¿Has perdido la cabeza? ¿Quieres que vea todo, eh? ¿Quieres que parlottee sobre Lollie en todo el estado? ¿Eh? ¿Eh?

Víctor Mason la quemó con una mirada.

—Ella no se va a ninguna parte —espetó—. La señorita Trent se queda con nosotros, indefinidamente; y sospecho que tú, abuela, enviaste a Lollie allí para verla. Coloca otro plato: el daño ya está hecho y ella solo tendrá que quedarse.

Ayudó a Marcia a sentarse en una silla de cocina con respaldo recto, a su derecha en la cabecera de la mesa. Una tela sucia y deshilachada que alguna vez había sido un damasco fino cubría las tablas sin pintar. Marcia notó que los platos eran una extraña mezcla de exquisita vajilla y baratijas de diez centavos. Los cuchillos y tenedores eran de acero barato, pero las cucharas, de plata fina, con un monograma "M", insinuaban el esplendor perdido de una época pasada.

Ahora, a pesar de ese quinto lugar ya colocado, la vieja dejó caer otro plato delante de Marcia. Dirigiéndose a la puerta, gritó, como un chirrido de bisagras oxidadas:

—¡Renny! ¡Lollie! ¡Vengan a comer!

Hubo un sonido como de pies descalzos corriendo. Marcia se preparó cuando el chico Renny irrumpió, la observó y se detuvo en seco. Pero aparentemente el hambre anuló su hostilidad por el momento, ya que se deslizó en la silla a la izquierda de Víctor. La vieja se sentó a los pies de la mesa.

Ellos esperaron. Y en ese momento, andando con cierta vacilación, llegó Lollie. Al otro lado del lugar vacío, se deslizó en su silla y se sentó, con los ojos muy abiertos, mirando a Marcia con admiración infantil.

—Ella no es una mujer mala, es una princesa de cabello dorado, ¿no es así, Vic? —ella estalló de alegría, luego se volvió melancólicamente hacia Marcia—. ¿Qué le pasó a la joya? ¡La quería tanto! Era tan linda, con todos los colores del arco iris. ¡Era... oh!

El grito le fue arrancado como si una mano invisible estallara en su cara. Ya aparecía una marca a lo largo de su mejilla, infligida de ninguna manera que Marcia pudiera ver. Las lágrimas brotaron de los grandes ojos marrones. Lollie se acurrucó, silenciosa, en su silla. Por un momento se sentó allí, tragando lágrimas. Luego, tristemente, tomó un trozo de maíz, una cucharada de nabos, y comenzó a comer con rápidos gestos nerviosos.

En el centro de la mesa había un melocotón solitario en una compota. Ahora, espiando, la niña extendió una mano ansiosa por el bocado y se volvió hacia su hermano mayor.

—¿Podría... comer eso?

Víctor asintió, sonrió con ternura y luego empujó la compota hacia ella. Sonriendo otra vez, como una niña, Lollie tomó el durazno en su plato. Pero, mientras Marcia observaba, cortó cuidadosamente un pequeño trozo. Este fragmento se le metió en la boca con gusto. Luego, extendiendo la mano hacia el lugar vacío, la niña dejó el pedazo más grande en el plato vacío. Sus ojos marrones lo miraron con nostalgia por un instante. Pero, con un leve suspiro, regresó a sus nabos y maíz.

Marcia se volvió hacia su anfitrión. Su respuesta fue una sonrisa amarga y un encogimiento de hombros.

—Pero —susurró Marcia—, seguramente no has puesto un lugar en la mesa para... él?

Sus palabras fueron interrumpidas, porque en ese momento se desató el pandemio. Una sal y pimienta colocadas sobre la mesa comenzaron a bailar locamente. Sin previo aviso, se elevaron dos pies sobre el mantel y colgaron allí en el aire por una fracción de segundo. Luego, con fuerza viciosa, volaron a la cabeza de Lollie.

La chica se agachó, como si tuviera experiencia. Pero de inmediato un verdadero aluvión de cubiertos voló hacia ella. Tazas y platos bailaban, ahora en un extremo de la mesa, ahora en el otro. La compota se volcó, derramando jugo de durazno sobre la tela. Luego, algo se sacudió en el armario cercano, y desde esa dirección, otro aluvión de cubiertos voló hacia Lollie.

Marcia lo miró todo, incapaz de moverse. Víctor y Renny se sentaron como imágenes de piedra, mientras que Lollie se encogió y gimió en su silla, protegiéndose la cabeza del extraño ataque. Solo la vieja se sacudió y gritó de alegría, como si la Cosa fuera un espectáculo de marionetas organizado para su disfrute personal.

—¡Está loco! Lo has enojado de nuevo, Lollie, ¡quería todo el durazno! —la vieja rio, señalando con el dedo el bocado en el plato.

Sollozando, sin palabras, la niña se deslizó de su silla y salió corriendo al anochecer lluvioso. Una cuchara de plata voló contra la puerta, segundos detrás de ella.

Víctor Mason echó hacia atrás su silla y se levantó, con la cara sombría. Los ojos atormentados estaban fijos en la cara blanca de Marcia.

—¿Bien? —espetó—. Lo ha visto, señorita Trent. Esa es la sombra en nuestra casa. Durante tres generaciones hemos vivido así, atacados por algo que la ciencia declara inexistente. Hemos tenido que esperar y ver a tres niñas de nuestra familia atormentadas por esto todos los días, sin poder ayudarlas. Me atrevo a decir que, si llegara a casarme, la Cosa se uniría a mi hija después de la muerte de Lollie. Lo mismo con Renny. Entonces, la vida normal es imposible para nosotros, como puede ver. Simplemente tendremos que seguir viviendo así, desconectados de todos, por el bien de mi hermana; viéndola sufrir, indefensa frente a sus furias y caprichos egoístas ¡Dios! —gimió con los dientes apretados—. ¿Todavía crees que puedes ayudarla?

El chico Renny los miró fijamente; Marcia podía sentir sus ojos atentos en su rostro. La vieja había arrebatado el fragmento de melocotón y se lo estaba comiendo, riéndose para sí misma. Y afuera, como una voz, el viento se levantó con un sonido como una risa burlona.

Marcia dejó su pedazo de pan de maíz, sin apetito. Se recostó en la silla y miró a Mason.

—¡Primero Anne, luego Silvia, ahora Lollie! —dijo—. ¡El infierno por el que pasaron, encerradas en el manicomio, con un montón de tontos doctores mirándolas eternamente! Entonces «mejorarían». ¡Esos tontos! ¡Aullidos sobre estigmas y alucinaciones! Verá, pocos extraños han visto actuar al poltergeist, como lo hizo esta noche, señorita Trent. Entonces, los psiquiatras de la institución insistieron en que era solo una alucinación, acompañada de una neuropatía estigmática. Nunca podríamos convencerlos de que había más que solo los estigmas. ¡Entonces enviarían a nuestras chicas a casa otra vez «curadas»! Y el poltergeist comenzaría de nuevo. Ya ves —señaló con cansancio—, es solo una elección de que Lollie sea miserable, encerrada en una celda o bastante contenta de vivir aquí con nosotros. No hay cura, porque no es una enfermedad, señorita Trent. Es un demonio.

El aguanieve siseó contra los cristales. Marcia se estremeció, pero sus ojos se entrecerraron al pensar. De repente le dieron a Mason una mirada aguda.

—Dime —exigió—. ¿Alguna de tus antepasados fue perseguida por un poltergeist antes que tu tía abuela Anne?

Víctor Mason sacudió la cabeza.

—No, comenzó con Anne, la hermana menor del abuelo y el tío abuelo Aubrey. Luego estaba la hermana de papá, Silvia. Y ahora es Lollie. Ahora sé que nunca nos dejará, siempre y cuando haya una niña con sangre Mason en sus venas.

Marcia echó hacia atrás su silla y se levantó con esfuerzo. Una leve y sombría sonrisa iluminó sus ojos azules. Eran brillantes con un propósito.

—No si lo destruimos —dijo arrastrando las palabras—. Doctor Mason, tengo el presentimiento de que su poltergeist se irá esta noche.. y nunca volverá. Creo que sé lo que lo hace funcionar. Yo... no te lo diré ahora, pero por la mañana, justo antes de irme —agregó suavemente—. Quizás puedas confiar en mí no para decir tu secreto entonces, porque no habrá ninguno.

Deliberadamente miró al muchacho ceñudo, Renny, a la anciana sonriente, al ex médico. Víctor Mason la miró fijamente. Luego, amargamente, resopló.

—Grandioso, ¿eh? —espetó él—. Bueno, eso tampoco te hará ganar tu libertad. Déjame advertirte, son doce millas hasta la próxima granja... y ellos son amigos míos. ¡Tenía razón sobre ti la primera vez! ¡Eres una tonta y estúpida egoísta! No te importa lo que nos pase a nosotros o a mi hermana, siempre y cuando salgas ilesa de aquí. Pero

quítese eso de la cabeza, señorita Trent. No saldrá de este lugar, y eso es definitivo.

El coraje de Marcia vaciló. Pero su barbilla se levantó de nuevo, sus ojos azules brillaron.

—Llévame a mi habitación ahora, por favor —dijo con frialdad—. Sin embargo, no estoy mintiendo. He arrinconado a tu mascota fantasma, ¡y él lo sabe!

Marcia subió la polvorienta escalera, sin embargo, su corazón se hundía más y más. ¡La vieja casa era tan grande y tan tranquila! Desde el techo, una araña colgaba inesperadamente frente a su cara. Y cuando llegaron al pasillo superior, una rata gris se deslizó en las sombras. Marcia jadeó y se aferró al brazo de Víctor Mason, pero su sonrisa era burlona.

—Te acostumbrarás aquí —dijo arrastrando las palabras—. Y dejarás de luchar después de un tiempo, como todos lo hemos hecho.

Abrió la puerta de su habitación y la ayudó a llegar a la gran cama. La oscuridad estaba cayendo, así que encendió una lámpara de aceite humeante. Con un escalofrío, Marcia se dejó caer en la cama y miró la cara sardónica de Mason. Él malinterpretó su expresión de miedo y resopló.

—Si te preocupa que... te moleste —murmuró—, por favor no lo hagas. De ahora en adelante, eres solo otra hermana mía, prisionera en esta casa por algo que ninguno de nosotros puede entender.

Marcia se rio en voz alta, nerviosa.

—Oh, no estoy preocupada por usted. doctor Mason. Puedo ver que me consideras una molestia, un desafortunado accidente.

El hombre alto sonrió con ironía. Por un momento sus ojos atormentados tenían una expresión melancólica.

—Por supuesto. Entonces, ¿de qué tienes miedo?

Marcia respiró hondo.

—Tengo miedo por mi vida. Deliberadamente me puse en ese lugar cuando dije que conocía el secreto de tu poltergeist. Creo que sé lo que lo causa, pero debemos tener pruebas. Entonces, doctor Mason, ¿vendrá de inmediato si grito por ayuda? ¡Tengo la sensación de que habrá un intento de asesinarme esta noche!

Víctor Mason la miró de reojo y luego emitió una breve carcajada.

—¿Renny, quieres decir? Más bien pensé que la actitud de Lollie hacia ti en la cena cambió su opinión, pero, por supuesto —se burló—, si le tienes miedo al chico, jugaré al centinela, si es que no me quedo dormido —rio con voz ronca.

Con una sonrisa torcida, salió, cerrando la puerta del dormitorio detrás de él. Marcia se acurrucó en la gran cama, envuelta en la colcha individual, y se quedó escuchando tensamente durante mucho tiempo. La tormenta había disminuido, pero la lluvia que goteaba de los aleros tenía el sonido de pasos sigilosos. Sus nervios se crisparon ante cada crujido de las viejas paredes y el correteo de las ratas en el ático.

Entonces el agotamiento se apoderó de ella. Sus ojos se cerraron, se abrieron de golpe, se cerraron de nuevo...

Se despertó con la sensación de no saber dónde estaba. La gran sala estaba llena de sombras que se retorcían y bailaban cuando una ráfaga de viento alcanzaba la lámpara de aceite. Marcia parpadeó y se frotó los ojos, y su aliento quedó atrapado en su garganta cuando el pequeño sonido que la había despertado llegó nuevamente.

El pomo de la puerta giraba lentamente. Ahora, mientras miraba, la puerta se abrió suavemente. Renny Mason, con su rostro juvenil retorcido, entró en la habitación. Y la luz de la lámpara brillaba sobre algo agarrado en su puño infantil: un cuchillo de hoja larga.

Acostada sobre su espalda, Marcia se armó de valor para no moverse, pero se quedó mirando al intruso con los ojos entrecerrados. Tensó los músculos para dar un salto mientras el niño se acercaba de puntillas. Ahora él estaba mirándola con los ojos clavados. Pero el arma no la atacó. La barbilla de Renny se estremeció de repente. Su brazo bajó. Con un sollozo de desafío, miró hacia la puerta. En el pasillo se movió una sombra que siseaba con urgencia.

—¡No puedo! ¡No puedo! —gimió el muchacho—. ¡Ella no parece una mujer mala!

La puerta se abrió más. Marcia casi gritó. A vieja se escabulló en la habitación. Su rostro marchito era una máscara de odio y crueldad.

—¡Mátala! ¡Córtale el cuello, cobarde! —dijo con voz áspera—. ¿Quieres que se lo diga a todos y que vengan por Lollie? ¿Eh? Será encerrada en una celda oscura y nunca verá la luz del día. La torturarán y la matarán de hambre. ¡Mata a esa tonta espía, entonces, y cierra la boca! ¡Mátala!

El niño vaciló, se volvió hacia la cama, con el cuchillo en alto. Luego, con un sollozo seco, arrojó el arma a la alfombra y se encogió contra la cama.

—¡No lo haré! ¡No la mataré! —tragó saliva, temblando—. ¡Ella no lastimaría a Lollie! Yo... ella me gusta. Y ella le dio a Lollie una hermosa joya, solo el poltergeist la tomó y te la dio. ¡No la mataré! ¡Lamento haber intentado dispararle!

Marcia yacía, congelada, mirando a la anciana. La cara de momia era horrible ahora, temblando de furia.

—¿Así que desobedeces? —gruñó—. ¡Muy bien, jovencito! ¡Lo lamentarás!

De repente, sus ojos parecieron brillar como brasas. La vieja bruja se tensó, mirando fijamente, no a Marcia, no a Renny, sino al cuchillo caído.

Sin previo aviso, el arma se elevó en el aire, como atrapada por una ráfaga de viento. Subió, con los ojos de la anciana fijos en él. Hasta el techo, se balanceó, colgando sobre el cuerpo desprotegido de Marcia en la cama.

El cuchillo cayó, con un movimiento más rápido de lo que era natural para cualquier ley de gravedad. Pero en el mismo instante, Marcia gritó y arrojó su cuerpo de lado. El dolor que le causó el esguince fue insoportable, pero le salvó la vida.

El cuchillo se había clavado en el colchón donde había estado su estómago.

Víctor Mason, con los ojos inyectados en sangre, entró en la habitación.

—¿Qué está pasando? —murmuró adormilado—. ¡Renny! ¡Chico, no!

Marcia se estabilizó con gran esfuerzo, balanceó los pies en el suelo, haciendo una mueca de dolor.

—No, doctor Mason. Él no lo hizo. El cuchillo cayó del techo, sin mano visible. El poltergeist nuevamente. Pero, ¿dónde está tu hermana?

—Está encerrada en su habitación de abajo. Siempre la encerramos por la noche. Parece hacerla sentir más segura. Pero, ¿el poltergeist? Nunca se han movido cosas sin Lollie en la habitación.

Marcia sacudió la cabeza, desconcertada. Sus ojos fueron del doctor Mason al sollozo de Renny. Entonces se dirigieron a la vieja, agazapada junto a la puerta, pronunciando obscenidades.

—Entonces... no es Lollie quien lo causa —susurró Marcia—. Y no eres tú, doctor Mason, o tú, Renny. Entonces debe ser...

Se interrumpió con un jadeo de certeza, porque la vieja había retrocedido como si

hubiera sido golpeada. Los labios arrugados se retorcieron. Sus manos de momia se alzaron, dedos en forma de garras que apuntaban a Marcia, como un hipnotizador. Y una docena de pequeños objetos se precipitaron abruptamente por el aire: un peine de la cómoda, un florero de la mesa.

De toda la habitación, como sopladados por un viento no sentido, los misteriosos misiles volaron directamente a la cabeza de Marcia. Ella se encogió, tratando de protegerse la cara. Una pequeña huella de Godey, arrancada de la pared, golpeó su frente y ella gritó. La vieja chilló de risa.

—¡Tu! ¡Te arreglaré, pequeña tonta! ¡Hay muy pocos que pueden hacerlo! ¿Ves? ¿Ves?

Desde donde habían caído, los pequeños objetos volaron hacia Marcia nuevamente, y otra vez cayeron. La vieja se atragantó y se hundió contra la puerta, aferrándose. Luego, animada por un último chorro de veneno, se burló del trío que la miraba fijamente.

—¡Sí! —jadeó—. ¡Fui yo! ¡Siempre he sido yo! ¡Poltergeist! ¡Je, je, je! Todos estos años les he hecho creer en él, sentirlo y casi verlo: Anne, Silvia y Lollie, ¡y todos como si pensarán que eran mejores que yo! Tontos.

Marcia la miró, boquiabierta, asqueada por la crueldad en esa vieja cara.

—¡Ahora entiendo! —dijo Marcia—. ¡Oh, es diabólico, doctor Mason! Dijiste que se casó con tu familia por engaño; y ella estaba furiosa por ser desairada por sus mujeres. Ella odiaba a todos los Mason como símbolo de lo que quería ser, pero nunca pudo. El odio era como veneno en sus venas. Entonces se dispuso a destruirlos poco a poco.

»Tu tía abuela, Anne, debe haber sido una joven sensible y nerviosa, fácilmente intimidada y asustada por algo que no podía entender. ¡Y la vieja aquí tenía un talento peculiar para asustarla! Se le otorga a muy pocas personas al nacer. Ciertos magos de la antigüedad podían hacer lo que ella acababa de hacer; también algunos mediums profesionales de hoy. Se llama el poder de levitar. Se puede dirigir algún tipo de onda eléctrica del cuerpo del sujeto a objetos pequeños con tal fuerza que puede moverlos, levantarlos o tirarlos a corta distancia. Leí un artículo al respecto, aprobado por la Sociedad de Investigación Psíquica. La ciencia sabe muy poco sobre el fenómeno, pero tenemos mucho que aprender sobre la telepatía y el hipnotismo. En el próximo siglo podremos saber tanto sobre los poderes eléctricos del cuerpo humano como lo que hemos aprendido sobre la radio en este siglo.

Víctor Mason la miró boquiabierto y luego a la anciana boquiabierta.

—No entiendo —murmuró—. ¿Quieres decir que no hay...?

—No hay poltergeist, y nunca hubo ninguno —Marcia asintió—. Pero esta vieja diabólica ha creado una ilusión tan fuerte que todos ustedes lo han creído. Debió de haber levitado objetos alrededor de Anne Mason hasta que asustó a la niña y le hizo creer que la perseguía un demonio. Por sutil sugerencia de que la Cosa podría arañarla, puso a la niña en un estado tan histérico que aparecieron estigmas. Cuando me dijiste que el poltergeist no tiraba cosas donde los extraños pudieran mirar, doctor Mason, empecé a sospechar. También cuando dijiste que no había habido un Mason embrujado antes de la llegada de la vieja. Los fenómenos psíquicos genuinos pueden ser presenciados por cualquiera.

»Pero tu tía abuela aquí fue demasiado inteligente para arriesgarse a ser detectada. Limitó sus actuaciones a tu familia, o a los pocos a quienes consideraba demasiado estúpidos para sospechar algo. En el manicomio, por supuesto, el poltergeist nunca actuó, porque la vieja no estaba cerca, así que los médicos concluyeron que esa parte era solo una alucinación histérica de Anne o Silvia.

»Sin embargo, sus estigmas se mantuvieron incluso cuando no estaban acompañados por la Cosa, la levitación. Naturalmente, las chicas todavía estaban histéricas, incluso bajo tratamiento. Sin los objetos voladores para asustarlas, mejoraron gradualmente y fueron enviadas a casa. Lo que los psiquiatras no podían saber, por supuesto, era que el poltergeist fraudulento estaba esperando para comenzar su reinado de terror de nuevo.

El exmédico se apoyó débilmente contra la cama, con el brazo alrededor del hombro de su hermano pequeño. Miraron, atónitos, desde la Marcia hasta la vieja.

—Es tan inhumano —Marcia se estremeció—, que casi no puedo creerlo. Esas jóvenes inocentes y nerviosas, pensando que eran perseguidas por un demonio, cuando solo estaban siendo torturadas por una vieja sádica con... bueno, llamémoslo un poder sobrenatural para levitar objetos pequeños. Algún día, tal vez, el público en general comprenderá y controlará el mismo poder.

»La vieja usó este poder con buena ventaja. Ella está asustada, e intimidada a todos los Mason usando al poltergeist para hacer cumplir sus caprichos egoístas... como ese melocotón que Lollie quería tanto. Y el broche con joyas que me robó, después de que traté de dárselo a tu hermana. Y la forma en que atormentaba a Lollie al arrojarle cosas, para que tú y Renny sufrieran por su incapacidad para protegerla. ¡Oh, bruja diabólica! Tres niñas indefensas...

Se giró hacia la anciana, enferma de indignación.

La vieja se encogió contra la puerta, riéndose nerviosamente. Sus ojos pequeños y brillantes pasaron de la niña a Renny, al rostro aturdido de Víctor. Entonces estalló en

una salvaje carcajada de alegría.

—¡Ay, es verdad! —chilló—. ¡Una manada de tontos, todos ustedes! ¡Así me abrí paso en esta casa! ¡Duende! ¡Demonio! ¡Je, je, je!

Los ojos pequeños y saltones se hincharon de repente, y la vieja se llevó las manos a la garganta, jadeando. Con un sonido estrangulado, se desplomó en el suelo. Víctor Mason, moviéndose como hipnotizado, se dirigió hacia ella, se arrodilló y sintió su pulso. Se puso de pie, sacudiendo la cabeza.

—Está muerta —susurró—. Infarto de miocardio —se volvió hacia Marcia, desconcertado—. No lo puedo creer. ¡Esa estúpida anciana! ¡Todos estos años!

Con un gesto de repugnancia, cubrió el malvado rostro de la vieja con su chal y no la miró de nuevo. Marcia se encogió de hombros.

—Ella no era estúpida; era diabólicamente inteligente. ¡Oh, esas pobres chicas! ¡Y Lollie! ¡Si alguien hubiera adivinado!

Se interrumpió cuando Renny, que se había escabullido de la habitación sin ser visto, regresó en ese momento, guiando de a mano a su hermana, tímida como un cervatillo. En su otra mano estaba el bolso de Marcia. Su rostro juvenil se frunció, luchando contra las lágrimas, mientras se lo daba. Sonriendo suavemente, sacó el broche y lo deslizó en la mano de Lollie.

Lollie jadeó de alegría.

—¿Para mí? ¿Puedo tenerlo ahora? ¡Oh, mira, Vic! ¡Mira, Renny! Las bonitas joyas, también son mías. ¡Oh!

El dolor cruzó por su rostro y ella retiró la mano. Cuatro heridas enojadas aparecían nuevamente a lo largo de su antebrazo. Renny y Víctor Mason las miraron con miedo. Pero Marcia sonrió y puso un brazo protector sobre la niña, sacudiendo la cabeza.

—No tengas miedo, querida —la tranquilizó—. El poltergeist está muerto. No puede hacerte daño. Solo los estigmas —le susurró a Mason—. Un reflejo nervioso, y nada más. Pobre niña. Pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a la normalidad. Pero debe hacerlo, doctor Mason. Es su incentivo para comenzar la vida de nuevo. Ahora dejará de beber. Y Renny debe ir a la escuela; Lollie también cuando esté mejor. No tienes sombra para esconderte ahora en esta encantadora casa antigua.

Víctor Mason levantó la cabeza. La desesperación en sus ojos oscuros había dado paso a una clara mirada de alerta, llena de esperanza y una profunda gratitud... y algo más. Marcia lo vio y bajó la vista a toda prisa hacia el rostro alzado de Lollie. Pero escuchó

al alto doctor reír suavemente, como un hombre con un propósito, como un hombre despertado en una habitación iluminada por el sol después de una larga y horrible pesadilla.